

Angel Murias

Maurice Blanchot

18 de abril de 2018

Quería empezar hablando hoy de lo último que estuvimos hablando el otro día sobre *Thomas el oscuro*, precisamente de la tercera parte que había distinguido yo en este relato de Maurice Blanchot. Podemos asociarlo a otro relato de Blanchot, que han traducido al castellano por *La sentencia de muerte* (*L'Arrêt de mort*). Es verdad que “arrêt” en francés significa “sentencia”, pero también significa “detención” (“Parada de muerte”). Trata aquí de una mujer enferma de muerte, sentenciada a muerte. Los médicos han dicho que se va a morir de esa enfermedad en uno o dos meses. Pero también se habla de la detención de la muerte, de la parada de la muerte.

Lacan comenta que, dos años antes de que Blanchot escribiera esto, él, en el *Seminario VII*, habla de entre dos muertes refiriéndose a Antígona, y Blanchot aquí también habla de entre dos muertes, en ese espacio.

Os leeré también varios textos que he traído aquí. También alguno un poco provocador de alguien que no tiene nada que ver con el psicoanálisis pero que tiene que ver con lo que quería comentar ahora, que era lo que significa lo femenino. Es decir, el encuentro con la mujer para Thomas el oscuro, que el otro día lo dejé por ahí un poco colgado, y ahora quería relacionarlo con otros textos de Blanchot y con algunos textos de otros autores de hoy, que plantean algo problemático.

Pero a mí me parece que, como decía Blanchot, el pensamiento lo que quiere es pensar lo de fuera, en el pensamiento del afuera, lo que no es pensamiento. Y aplicando eso a cualquier teoría, supongo que cualquier teoría lo que quiere es hacerse cargo de aquello que no está dentro de la teoría. O si no está perdida.

En este caso, creo que la teoría lacaniana no puede cerrarse en sí misma (e integrar dentro de ella y digerir, como si fuera un estómago, todo lo que está fuera), sino que tiene que abrirse a lo de fuera. Es decir, a categorías que no son lacanianas precisamente pero que, desde fuera, pueden cuestionar algunas de las categorías lacanianas.

Con eso, con esa lectura provocadora, intentaré terminar. Es un texto de una lesbiana. El libro está traducido al euskara: *Pentsamendu heterozuzena*

(*El pensamiento heterodirigido*), de Monique Wittig. También lo podéis encontrar en castellano en Internet (*El pensamiento heterosexual*). La traducción al euskera ha dejado sin traducir cuatro capítulos. En realidad, no son capítulos, son artículos. En euskera lo han traducido como *El pensamiento heterodirigido*. En castellano es *El pensamiento heterosexual*.

Luego comentaremos eso, si os parece. Creo que, ante cualquier cuestión que es extraña a nuestro modo de entender el mundo, siempre la tendencia habitual es abrir el paraguas para no mojarnos. Es decir, refugiarnos en lo conocido. Yo, sin embargo, os invito a que cerréis el paraguas y os dejéis mojar y, una vez mojados, veréis qué hacéis con ello. Secarse o seguir mojados...

Recordando lo de *Thomas el oscuro*, yo había distinguido tres partes. La primera parte era la situación aquella en la que Thomas se sumerge en el mar y tiene aquella experiencia de despersonalización, de pérdida, incluso, del cuerpo, de sentir extraños los brazos y las piernas, de sentirlos como si fueran lo mismo que el agua... Es decir, una vivencia realmente de despersonalización, de pérdida del cuerpo, de, como diría Artaud, el cuerpo sin órganos, la pérdida de un organismo. Deja de ser un organismo.

Pero luego, una vez que se ha perdido allí y que decide abandonarse al mar, hay como una fuerza que, desde el propio mar, lo lleva a la orilla. Y desde la orilla él mira hacia el mar y allí, entre la bruma, ve a un nadador que está haciendo lo mismo que él había hecho. En realidad, ese nadador que ve ahí es él mismo. Él mismo visto como otro. Porque es que la única manera que tenemos de vernos a nosotros mismos es vernos siempre como otro. Cuando reflexionamos, cuando yo pienso o hablo sobre mí, en realidad estoy pensando y hablando sobre otro. Y, para pensar sobre mí y hablar sobre mí, necesito recurrir al lenguaje, es decir, a esa institución que es *altero*, *altera*, que es el otro, desde el cual me veo a mí mismo como otro. Sumergido en el mar.

En la segunda parte habla directamente del lenguaje. Antes pasa por un bosque, pero eso yo lo saltaré. Está en el hotel y está leyendo un libro. La vivencia que describe ahí es tan angustiosa como la anterior. Está leyendo un libro pero no pasa las páginas, los que pasan por ahí ven que no se mueve de página, está siempre en la misma página. Creen que no está leyendo, cuando él está absolutamente absorto en el libro. Está, incluso, devorando el libro, como dice Blanchot.

En realidad lo que él siente es que, en un momento determinado, el libro lo devora a él. Es decir, él está leyendo al libro y, de repente, siente que el

libro le está leyendo a él. Es decir, hay palabras del libro (y estas palabras las emplea Blanchot) que le muerden a él, hay palabras que le muerden.

A mí me parece que ahí se vuelve a plantear el problema de la identificación, que también es cuestión del otro. Es decir, yo sólo me conozco a través del otro. Hay palabras procedentes del otro que me han mordido, y esa mordedura me ha dejado una marca en el cuerpo. Una marca que igual Lacan identifica como marca de goce, que no sé si tiene que ver con el rasgo unario o con algo del balbuceo que le queda al niño pequeño como una huella, que en realidad queda marcada ahí, queda escrita en el cuerpo. Y es una huella de goce. Podemos discutir por qué es de goce o no. De goce que está, en el fondo, prohibido, porque es un goce que sería mortífero.

¿Mortífero por qué? Porque si yo me quedo sin representación (la representación que estaría en el lenguaje, o también podríamos hablar de la representación en la imagen), me vería absolutamente disuelto. Disuelto en la niebla. Pero, si sólo me quedo en la representación, me falta el aire para respirar. Me falta la vida.

Sería, otra vez más, la vivencia que, de una manera absolutamente expresiva, contaba Artaud: en el nacimiento, cuando yo salía por el agujero de mi madre, ahí se coló Dios, y nació al mismo tiempo que yo. De manera que yo nací con Dios. Es decir, yo nací con el lenguaje, y quiero despegarme de ese parásito, decía Artaud. Claro, si me quedo con Dios (es decir, si me quedo en la representación), sólo me quedo en la representación, me falta el aire vital. Si pierdo la representación por completo, me disuelvo en el vacío.

La cuestión es conseguir, como parece que intentó Artaud, citando a Antígona, en aquel artículo que os leí de *Antígona entre los franceses* precisamente. Antígona, la que consigue enterrar a mi hermano, el yo, para que puedan aparecer mis otros yoes. Como dice Artaud, ni yo (*je*) sin los otros yoes, ni los otros yoes sin el yo.

Ni yo sin los *mois*, ni ningún *moi* sin el yo. Eso es lo que pretendía Artaud. En un artículo que comenta Artaud muy bien, parece que Blanchot plantea lo mismo: si yo me quedo sólo en la representación (en la palabra, en el nombre, en el otro), me falta el aire vital. Si pierdo la representación, me desvanezco. Habría que buscar una manera en la que consiga integrar la representación en mi vitalidad, en mi organismo vivo.

Esto sería la segunda parte. La tercera parte, que es la que yo decía que lo veía confuso y ahora sigo viéndolo no demasiado claro, es el encuentro con la mujer. Allí, en el hotel, se encuentra con una mujer rubia y guapa que pasa por delante de él y que se dirige a él. A partir de ese momento, él se relaciona con ella, pero se relaciona de una manera extraña.

Esa mujer se llama Anne y parece que establecen una especie de relación amorosa entre ellos. Pero Anne está enferma de muerte. Es curioso que todas las heroínas de las obras de Blanchot, todas, están asociadas a la pulsión de muerte. Todas: Antígona cuando la cita; en *L'Arrêt de mort* (*La sentencia de muerte*), J., que es el nombre de otra mujer que aparece allí, está enferma de muerte y se muere incluso, en ausencia del narrador. Pulsión de muerte, característica de estas mujeres heroínas que aparecen en los relatos de Blanchot.

Cuando Thomas el oscuro se encuentra con esa mujer, al final se encuentra con la imposibilidad de relacionarse con ella. Hay un momento en que ella le dice (os lo leí el otro día) algo así, aproximadamente: yo quisiera estar lo más cerca posible de ti. Pero, para estar lo más cerca posible de ti, tendría que alejarme infinitamente de ti. Aquí está la cuestión de la dialéctica presencia / ausencia, que es manifiesta en Blanchot.

Comenta Blanchot (no sólo en este libro de *Thomas el oscuro*, sino también en *La sentencia de muerte* y en el de *La amistad*, que luego os comentaré) que es imposible la vinculación con el otro completamente. Siempre en la presencia del otro hay una ausencia siempre inalcanzable. Y siempre en la ausencia del otro -por ejemplo, en la muerte- queda una presencia de esa ausencia. Cuando está presente, dice Blanchot, en el abrazo sexual o erótico, siempre permanece algo ausente. No se puede conseguir, no se puede abrazar todo, siempre queda algo fuera.

Y precisamente en la muerte de la amiga, de Anne, es cuando Thomas la considera más cerca. Cuando describe a Anne muerta, dice que está muy bella, la belleza de la muerta. *Thomas el oscuro* está narrado en tercera persona, mientras que *L'Arrêt de mort* está narrado en primera persona. En *La sentencia de muerte*, hay un narrador que habla de J., de esa mujer. Es un narrador que está de vacaciones en Arcachon y que es el amante o amigo de esta J. que aparece allí. J. está en París, él la ha dejado allí sabiendo que está enferma de muerte y aparece con su nombre sólo la hermana, Louise. Louise le llama al narrador a Arcachon y le dice que J. está muriéndose. Él abandona las vacaciones, vuelve a París y, cuando llega allí, la encuentra ya muerta, ya están Louise, la enfermera, el médico, la madre, toda la familia alrededor, y ya se ha muerto.

Él se acerca a la cama donde ella está muerta, le habla en voz alta y entonces ella recupera la vida en un momento determinado. Recupera la vida y, durante tres días, lleva una vida normal, una especie de suplemento de vida normal. Hasta el punto de que empieza a comer, le reprocha a él que come muy poco... Incluso él la describe como que está muy bella. Es decir, empieza a llevar la vida cotidiana en el periodo de tres días de prórroga de vida.

Al cabo de esos tres días, dice que *el pulso se desvanece como un grano de arena*. Muere otra vez, y vuelve a describirla otra vez muerta, muy bella. La belleza de la muerte, que parece que es una constante en este planteamiento de Blanchot. Ayer comentábamos que Antígona se describía como bella, bella en ese periodo entre las dos muertes.

-Xabi Oñativia: un artículo de Freud, la belleza y la muerte están asociadas en todas partes, en literatura...

-A.M.: Sobre esto de la belleza de la muerte, de la muerta, no sé si vale la pena leer algún texto. En *L'Arrêt de mort*, Blanchot pone en boca del narrador, comentando la belleza de J. muerta:

Antes de morir, parece que los seres hermosos vuelven a ser, por un instante, jóvenes y hermosos: la enfermedad, los sufrimientos casi inconcebibles, una guerra sin cuartel por respirar, por no respirar demasiado, por detener los accesos de tos que, en cada ataque, estaban a punto de asfixiarla, toda esta violencia desordenada y aparatosa que debería afearla, era impotente contra aquella expresión de una hermosura perfecta y juvenil, aunque bastante dura, que iluminaba su rostro. (La sentencia de muerte, edit. Pre-textos, 1985, pág. 18)

Es una descripción muy parecida a la que aparece en *Thomas el oscuro*.

-Xabi Oñativia: la última barrera ante el horror, la Cosa...

-A.M.: En *Thomas el oscuro*, en la descripción que hace en esto que llamo la tercera parte del relato, parece que no hay relación entre él y Anne, que no hay relación posible. Ese reproche que le hace ella (más o menos: “quisiera estar cerca de ti, pero, para estar cerca de ti, tendría que alejarme infinitamente de ti”) a mí me sugiere ese planteamiento de Lacan de “no hay relación sexual”. Puede que sea así, pero puede que no.

¿Y si no hay más que la relación sexual? Parece que no hay relación sexual, no hay relación entre Thomas y Anne. Parece que Thomas y Anne, el

hombre y la mujer, existen como dos sustancias, como dos entes, que en un momento dado se relacionan. ¿No será que es al revés? ¿No será que es la relación lo que los hace? Con otras palabras: ¿hay mujeres porque hay hombres y hay hombres porque hay mujeres, y es la relación la que los define y los identifica como tales?

Una ontología tradicional basada en el ser estático, quieto, nos llevaría a entes separados que, en un momento dado, parece que quieren relacionarse. Pero ¿cabe la posibilidad de otra ontología en la que el ser se identifique con la relación? Ser con la relación. Es decir, es la relación la que determina al ser, no el ser el que hace posible la relación.

Blanchot insiste en esto. Es la diferencia, la separación, lo que permite la relación. Si no hubiera separación, no sería posible la relación. Pero la relación nos mantiene separados, es decir, es la diferencia lo que nos une.

Es como esa definición del archipiélago. Había antes una revista (no sé si se sigue publicando) que se llamaba *Archipiélago* y que siempre ponía una cita al principio que, refiriéndose a los humanos, decía: *Somos islas a las que nos une lo que nos separa*. Eso es un archipiélago, un conjunto de islas unidas por lo que las separa. Quizás somos islas unidas por lo que nos separa.

En esto insiste Blanchot, en que estamos abocados a la soledad radical y a la imposibilidad de una comunicación definitiva, plena. La imposibilidad de una relación sexual, en ese sentido. Quizás en el sentido de Lacan, dicho de otra manera. Y también en el de Blanchot. Podríamos decir que no hay relación sexual. Lo único que hay es intercambio de fluidos corporales. Siempre permanece la ausencia, la ausencia del otro, y esa ausencia es inabrazable, inabarcable, incaptable. Es la oscuridad, el oscuro de Thomas y el oscuro de la noche, que es otra de las metáforas que Blanchot usa muy habitualmente.

Hay otro libro de Blanchot, traducido al castellano como *La comunidad inconfesable*, que tiene dos grandes partes. En una primera parte habla de la comunidad negativa, que es más bien cuestión política. Habla del comunismo y de diferentes tipos de comunidades: la comunidad artística, la comunidad literaria, la comunidad acéfala (refiriéndose a aquello de Bataille)...

En la segunda gran parte del libro habla de la comunidad de los amantes. En esa segunda parte comenta un texto de Marguerite Duras que se titula

El mal de la muerte (La Maladie de la mort). Es la enfermedad de la muerte.

No sé si conocéis el texto. Es curioso. Hay una palabra, un “usted”, luego está una mujer y está un hombre allí. Siempre el narrador se refiere a él como “usted”, y a ella como “ella”. Empieza así el relato:

Debiera no conocerla, haberla encontrado en todas partes a la vez, en un hotel, en una calle, en un bar, en un libro, en una película, en usted mismo, en usted, en ti, al capricho de tu sexo enhiesto en la noche que grita por un cobijo, por un lugar en el que desprenderse de los llantos que lo colman.
(*El mal de la muerte*, edit. Tusquets, La sonrisa vertical, 1984, pág. 9)

Dice ella:

Usted dice que quiere probar, intentarlo, intentar conocer eso, acostumbrarse a eso, a ese cuerpo, a esos pechos, a ese perfume, a la belleza, a ese peligro de alumbramiento de niños que representa ese cuerpo, a esa forma imberbe sin accidentes musculares ni de fuerza, a ese rostro, a esa piel desnuda, a esa coincidencia entre esa piel y la vida que encubre. (op.cit., pág. 10)

Lo que hace ese “usted” es hacer un contrato con ella, que es una mujer. No es una prostituta, hay un momento en que le pregunta si es una prostituta y ella dice que no. Pero él hace un contrato con ella, pacta unas condiciones:

Ella pregunta: ¿Cuáles serían las otras condiciones?

Usted dice que debiera callarse como las mujeres de sus antepasados, doblegarse completamente a usted, a su voluntad, serle enteramente sumisa al igual que las campesinas en las granjas, tras la cosecha cuando derrengadas dejaban acercarse a ellas a los hombres, mientras dormían -todo ello para que usted pueda acostumbrarse poco a poco a esa forma que se amoldaría a la suya, que estaría a su merced, como las devotas lo están de Dios- (op.cit., págs. 11, 12)

Fijaos en las condiciones. Responden al “eterno femenino” del que hablaba Goethe, que fue el que inventó la expresión.

El eterno femenino. Monique Wittig habla del mito de la feminidad. El mito. Mujer sumisa, mujer devota, mujer callada. El objeto del deseo del hombre. Quieta y dispuesta. Me recuerda a aquel verso de Neruda: *Me gustas cuando callas*. Continúa Marguerite Duras:

Otra tarde usted lo hace, como estaba previsto, duerme con el rostro en lo alto de sus piernas separadas, contra su sexo, ya en la humedad de su cuerpo, allí donde ella se abre. Ella le deja hacer. (op.cit., pág. 15)

Ella le pregunta a ver si con los otros habla de sexo. Pregunta ella de qué hablan, dice: *Usted dice que hablan de todo lo demás, que hablan de todo excepto de eso* (op.cit., pág. 16). Pero usted es el hombre. Es curioso. Continúa Marguerite Duras:

Noche tras noche se introduce usted en la oscuridad de su sexo, se adentra casi sin saberlo en ese callejón sin salida. A veces se queda allí, duerme allí, en ella, toda la noche con el fin de estar dispuesto por sí, al capricho de un movimiento involuntario por parte de ella o por la suya, le entraran ganas de poseerla otra vez, de llenarla aún más y de gozar de puro placer como siempre cegado por las lágrimas. (op.cit., págs. 18, 19) Él llora. Continúa el relato:

El cuerpo (se refiere al cuerpo de ella) no tiene defensa alguna, es liso desde el rostro hasta los pies. Incita al estrangulamiento (las expresiones de Marguerite Duras son duras), a la violación, las vejaciones, los insultos, los gritos de odio, el desencadenamiento de las pasiones cabales, mortales. (op.cit., págs. 20, 21)

Luego él le pregunta a ella por qué ha aceptado el contrato y ella le responde:

Porque en cuanto me habló vi que le invadía el mal de la muerte...

...Usted le pregunta: ¿En qué el mal de la muerte es mortal? Ella responde: en que el que lo padece no sabe que es portador de ella, de la muerte. También en que estaría muerto sin vida previa a la que morir, sin conocimiento alguno de morir a vida alguna. (op.cit., págs. 22, 23)

Es él el que tiene la enfermedad de la muerte. El que se muere sin vida previa a la que morir. Se muere sin haber vivido. Es decir, es un muerto. A veces ella se refiere a él como: *¡Qué raros son los muertos!*

Hay un momento en que él le pide a ella que hable:

En otro(momento) usted le pide que pronuncie una palabra, una sola, la que le nombra a usted. (Fijaos qué palabra, quiere que le diga su nombre), usted le dice esa palabra, ese nombre. Ella no responde, entonces usted

grita otra vez. Es entonces cuando ella sonríe. Y es entonces cuando usted se entera de que ella está viva.

La sonrisa desaparece. Ella no ha dicho el nombre. (op.cit., pág. 25)

Ella es dócil pero al mismo tiempo resiste, no le dice su nombre propio. Acordaos de aquel verso de Antonio Machado: “*Dicen que el hombre no es hombre mientras no oye su nombre de labios de una mujer. Puede ser*”

No consigue que esta mujer diga su nombre. Esta mujer pasa tres noches con él por un contrato previo. Es una mujer desconocida a la que él ha contratado. Hay algunas conversaciones curiosas:

Ella se mueve, se le entreabren los ojos. Pregunta: ¿Cuántas noches pagadas aún? Usted dice: Tres.

Ella pregunta: ¿No ha querido nunca a una mujer? Usted dice que no, nunca.

Ella pregunta: ¿No ha deseado nunca a una mujer? Usted dice que no, nunca.

Ella pregunta: ¿Ni una sola vez, ni un instante? Usted dice que no, nunca.

Ella dice: ¿Nunca? ¿Nunca? Usted repite: Nunca.

Ella sonríe, dice: Es raro un muerto.

Y vuelve a empezar: ¿Y mirar a una mujer, no ha mirado nunca a una mujer? Usted dice que no, nunca.

Ella pregunta: ¿Usted qué mira? Usted dice: Todo lo demás.

Ella se despereza, se calla. Sonríe, vuelve a dormirse. (op.cit., pág.32)

No ha amado nunca a una mujer, no ha deseado nunca, no ha mirado... Esto está escrito por una mujer. Hay un momento en el que dice:

Sabe que podría disponer de ella a su antojo, de la forma la más peligrosa. No lo hace. Por el contrario acaricia el cuerpo con la misma suavidad que si incurriera en el peligro de la felicidad. Su mano se encuentra sobre el sexo, entre los labios que se rajan, allí es donde la acaricia. Usted mira la hendidura de los labios y lo que los rodea, el cuerpo entero. No ve nada. Quisiera verlo todo de una mujer, hasta donde eso pudiera hacerse. No ve que esto le es imposible.

Usted mira la forma cerrada. (op.cit., págs. 35, 36)

En un momento él llora, porque él llora a menudo. Ella le pregunta:

¿Por qué llora? Usted dice que ella es quien debe decir por qué llora, que ella es quien debiera saberlo.

Ella responde muy bajo, con dulzura: Porque usted no ama. Usted responde que así es.

Ella le pide que se lo diga claramente. Usted se lo dice: No amo.

Ella dice: ¿Nunca?

Usted dice: Nunca.

Ella dice: El deseo de estar a punto de matar a un amante, de guardarlo para usted, para usted solo, de poseerlo, de robarlo contra todas las leyes, contra todos los imperios de la moral, ¿no lo conoce, no lo ha conocido nunca?

Usted dice: Nunca.

Ella le mira, repite: Es raro un muerto. (op.cit., pág. 40)

Es muy curioso este relato. Luego él, después de esta conversación con ella, intenta contar su vida. Le empieza a contar su infancia. Dice Marguerite Duras:

Usted cuenta la historia de un niño.

El día se asoma por las ventanas.

Ella abre los ojos, dice: Deje de mentir. Ella dice que espera no saber nunca nada de la forma en que usted, usted sí sabe, por nada del mundo.

Dice: No quisiera saber nada de la forma en que usted, usted sí sabe, con esa certeza que proviene de la muerte, esa monotonía irremediable, igual a sí misma cada día de su vida, cada noche, con esa función mortal de la falta de amar...

... Usted continúa la historia del niño, la grita (Está contando su infancia). Dice que no sabe toda la historia del niño, de usted. Dice que ha oído contar esa historia. Ella sonrío, dice que también ha oído y leído muchas veces esa historia, en todas partes, en muchos libros. Usted pregunta cómo podría surgir el sentimiento de amar. Ella le responde: Quizás de un fallo repentino en la lógica del universo. Por ejemplo de un error. Dice: Nunca por quererlo. (op.cit., págs. 44, 45, 46)

Fijaos: pregunta de dónde podría surgir el sentimiento de amar. Nunca por quererlo. No surge ese sentimiento de amar por querer amar.

Al final, ella se va. Han pasado las tres noches del contrato y ella desaparece. No se sabe muy bien si él la ha matado, porque a veces tiene el deseo de matarla. Parece que no. Continúa el relato:

Ella no volvería nunca. La noche de su partida, en un bar, usted cuenta la historia. Primero la cuenta como si fuera posible hacerlo, y luego renuncia a ello. Después la cuenta riéndose como si fuera imposible que hubiera

ocurrido, o como si fuera posible que usted la hubiera inventado. (op.cit., pág. 48)

Blanchot comenta, sobre este párrafo, que eso es una comunidad imposible. Llega a ser risible esa pretensión. Cuenta en un bar a sus amigos esa historia ridícula, que produce risa. Él se queda en el bar.

-Xabi Oñativia: ¿Usted se muere? El que tiene la sentencia de muerte es él.

-A.M.: Él tiene la experiencia de la muerte, el mal de la muerte, la enfermedad de la muerte. El relato termina:

De toda la historia usted no conserva más que ciertas palabras que ella pronunció en el sueño, esas palabras que nombran aquello de lo que usted padece: Mal de la muerte.

Muy pronto usted renuncia, deja de buscarla, ni en la ciudad, ni en la noche, ni en el día.

Con todo así pudo usted vivir este amor de la única forma posible para usted, perdiéndolo antes de que se diera. (op.cit., págs. 49, 50)

A mí este relato me parece profundamente interesante. Crudo, pero profundamente interesante. Blanchot lo comenta en la segunda parte de *La comunidad inconfesable*. Cuando habla de la comunidad de los amantes (en un subcapítulo que se titula *Lo absolutamente femenino*), Blanchot dice, en relación al último párrafo:

Enfrentarse con lo desconocido que ellas representan...

Sin embargo, cuando se habrá retirado verdaderamente, él experimentará una especie de pesar y un deseo de volver a verla, en la nueva soledad que crea su repentina ausencia. Sólo que comete la falta de hablar de ello con otros y de reírse de ello, como si esta tentativa que emprendió con una seriedad extrema (él tuvo la iniciativa de entablar una relación con esta mujer de una manera absolutamente seria. No fue riéndose, sino fue hablando con ella, planteando un contrato y aceptando ella el contrato), dispuesto a consagrarle toda su vida, no dejara en su memoria sino la ilusión de lo ilusorio. (La comunidad inconfesable, edit. ARENA libros, 1999, págs. 122 y 124)

Ilusión de lo ilusorio. Comenta Blanchot que ese es, efectivamente, uno de los rasgos de la comunidad. La ilusión de lo ilusorio. En cualquier comunidad, la comunidad de los amantes, la de los artistas... Por eso el título de *La comunidad inconfesable*. No se puede decir la comunidad. Siempre queda un exceso fuera de aquello que se puede decir de la

comunidad, sea esa cual sea, incluida esa comunidad, que parece tan íntima, de los amantes. Para decir eso Blanchot comenta el relato de Marguerite Duras. A mí me parece que lo comenta muy bien.

Hay otro libro de Blanchot que se titula *El espacio literario*. Hay un capítulo en el que habla de la mirada de Orfeo y se titula así, *La mirada de Orfeo*. Ya sabéis la historia de Orfeo y Eurídice. Eurídice es apartada de Orfeo, es llevada al infierno, y Orfeo con su canto, con su arte, consigue que le dejen bajar al infierno y rescatarla. Pero le ponen una condición: que hasta que salga del Hades no puede volver la vista atrás, no podía mirarla.

En el camino de salida del Hades, Orfeo no resiste el deseo de mirarla y, cuando echa la vista atrás, Eurídice, que iba detrás de él, se desvanece. Se desvanece como el viento, no es que pierda el conocimiento, es que se pierde en el vacío, la pierde por segunda vez.

Vuelve a ser otra vez la relación con una mujer. Comenta Blanchot:

Cuando Orfeo desciende hacia Eurídice, el arte (arte del canto, en este caso) es el poder por el cual la noche se abre. La noche por la fuerza del arte, lo acoge, se vuelve la intimidad acogedora, la unión y el acuerdo de la primera noche. (El espacio literario, ediciones Paidós, 1992, pág. 161)

Todo esto a mí me vuelve a llevar a la aventura del mar de *Thomas el oscuro*. El mar que acoge y, al mismo tiempo, echa. Continúa Blanchot:

Pero Orfeo desciende hacia Eurídice: para él, Eurídice es el extremo que el arte puede alcanzar (sólo mediante el arte puede volver a conseguir a Eurídice), bajo un nombre que la disimula y bajo un velo que la cubre, es el punto profundamente oscuro hacia el cual parecen tender el arte, el deseo, la muerte, la noche. (op.cit., pág. 161)

Esto dice Blanchot. Ese velo que cubre a Eurídice es el punto oscuro hacia el cual tienden el arte, el deseo, la muerte, la noche. Continúa:

Sin embargo, la obra de Orfeo no consiste en asegurar el acceso a ese “punto”, descendiendo hacia la profundidad. Su “obra” (lo que quiere Orfeo) es llevarlo hasta el día, y darle, en el día, forma, figura y realidad. Orfeo puede todo, salvo mirar de frente ese “punto”, salvo mirar el centro de la noche en la noche. Puede descender hacia él, puede, poder aún más fuerte, atraerlo hacia sí y, consigo atraerlo hacia lo alto, pero apartándose de él. Ese rodeo es el único medio de aproximarse: tal es el sentido de la disimulación que se revela en la noche. Pero Orfeo, en el movimiento de su

migración, olvida la obra que debe cumplir (sacarla a la luz), y la olvida necesariamente, porque la exigencia última de su movimiento no es que haya obra, sino que alguien se enfrente a ese “punto”, capte su esencia allí donde esa esencia aparece, donde es esencial y esencialmente apariencia: en el corazón de la noche.

El mito griego dice: no se puede hacer obra si se busca la experiencia desmesurada de la profundidad por sí misma...

...(Orfeo) traiciona a la obra, a Eurídice y a la noche. Pero no volverse hacia Eurídice, no sería menos traicionar, ser infiel a la fuerza sin medida y sin prudencia de su movimiento, que no quiere a Eurídice en su verdad diurna y en su encanto cotidiano, que la quiere en su oscuridad nocturna, en su alejamiento, con su cuerpo cerrado y su rostro sellado, que quiere verla no cuando es visible, sino cuando es invisible, y no como en la intimidad de una vida familiar, sino como la extrañeza de lo que excluye toda intimidad, no hacerla vivir, sino tener viva en ella la plenitud de su muerte. (op.cit., págs. 161, 162)

Veis que vuelve a plantear el mismo tema que en las otras obras.

-Anabel Ruiz de Alegría: ¿Pero eso es el deseo, no?

-A.M.: Sí, el deseo va a lo mismo, según comenta Blanchot. Orfeo va allí, está cantando y tiene que engatusar a los guardianes del Hades para que le dejen salir. Dice Blanchot:

La inspiración es mirar a Eurídice sin preocuparse por el canto, en la impaciencia y la imprudencia del deseo que olvida la ley (a la que Orfeo ha aceptado someterse, para rescatar a Eurídice)... La inspiración orienta y fuerza a Orfeo hacia ese fracaso y hacia esa insignificancia por un movimiento irresistible, como si renunciar a fracasar fuese mucho más grave que renunciar a triunfar, como si lo que llamamos lo insignificante, lo inessential, el error, pudiese revelarse a quien no acepta el riesgo y se entrega a él sin reserva, como si fuese la fuente de toda autenticidad. (op.cit., pág. 163)

Es decir, Orfeo se había arrastrado al mirar hacia atrás, a pesar de que la ley que ha aceptado le impide mirarla y además le han dicho que va a perder a Eurídice. Pero la imprudencia del deseo olvida la ley.

-Josefina Garcia de Eulate: hay un pasaje en la Biblia, el de la familia de Lot...la mujer de Lot se convierte en estatua de sal.

-A.M.: En *El mal de la muerte* de Marguerite Duras hay un párrafo en el que narra que ella está desnuda, en la cama, abierta. Él le mira al sexo y no ve nada. Quiere ver más allá, pero no ve nada. Quiere saber. No puede saber.

-Xabi Oñativia: dos cositas que me ha sugerido todo ese asunto de *L'Arrêt de mort*, no hay comunidad, Lacan, Escritos II en *ideas directivas para un congresos sobre la sexualidad femenina, el hombre sirve de relevo para que la mujer se convierta en ese otro para sí misma como lo es para él...* la otra frase, lo del muertoel amante castrado o un hombre muerto....

-A.M.: En *El mal de la muerte*, usted sí tiene coitos con la mujer que ha contratado. Son absolutamente insatisfactorios también para él, porque lo que tiene ahí es el cuerpo. Incluso Blanchot comenta lo de Jesucristo: *Esto es mi cuerpo*. Esto es mi cuerpo, muerto. *Esto*, es decir, un pronombre neutro. Un objeto. Eso.

Marguerite Duras piensa que lo que quiere el hombre es saber, conocer, ver todo. Pero no puede. Usted quiere conocer.

-Xabi Oñativia: significativo, pero hay una parte que se escapa...Asumir el ser para la muerte es lo que te puede dejar vivir...

-A.M.:La ilusión de la comunidad no sólo afecta a los amantes. En este libro de Blanchot que se titula *L'Amitié* (en castellano lo han subtitulado *La dicha de enmudecer*), habla de la amistad y de un amigo que además influyó muchísimo en él, que fue Georges Bataille. Bataille fue un íntimo amigo de Blanchot y fue precisamente el que le cambió de orientación en la vida. A la muerte de Bataille, habla de la amistad, y en el último capítulo de este libro dice:

¿Cómo aceptar hablar de este amigo? Ni para alabanza ni en interés de alguna verdad. Los rasgos de carácter, las formas de su existencia, los episodios de su vida, incluso de acuerdo con la búsqueda de la que se sintió responsable hasta la irresponsabilidad, no pertenecen a nadie. No hay testigos... Todo lo que decimos no tiende sino a ocultar la única afirmación: que todo debe desaparecer y que no podemos permanecer fieles más que velando por este movimiento que desaparece, al que algo entre nosotros, algo que rechaza todo recuerdo, pertenece desde ahora ...

... Es el momento de las obras completas. Se quiere publicarlo "todo", se quiere decirlo "todo"; como si no hubiera ya más que una prisa: decirlo todo; como si el "todo está dicho" debiera por fin permitirnos detener

una palabra muerta: detener el silencio lamentable que viene de ella y retener firmemente en un horizonte bien circunscrito lo que la equívoca espera póstuma mezcla aún ilusoriamente con nuestras palabras de vivos. (La amistad, edit. Trotta, 2007, pág. 264)

Es la verdad, cuando se muere un escritor aparecen las Obras completas, todo, como si fuera posible. Y, sin embargo, queda esa ausencia. Permanece ausente.

Continúa Blanchot:

Y cuando nos hacemos la pregunta: "¿Quién fue el sujeto de esta experiencia?", esta pregunta da quizá ya respuesta, si es bajo esta forma interrogante como se afirmó en el mismo que la planteó, sustituyendo al "Yo" cerrado y único por la apertura de un "¿Quién?" sin respuesta; no que eso signifique que le haya bastado con preguntarse: "¿Qué es ese yo que soy yo?", sino, mucho más radicalmente, recuperarse sin descanso, no ya como "Yo", sino como un "¿Quién?", el ser desconocido y deslizando de un "¿Quién?" identificado.

Debemos renunciar a conocer a aquellos a quienes algo esencial nos une (Para mí esto es fundamental. Está hablando de un amigo); quiero decir, debemos aceptarlos en la relación con lo desconocido en que nos aceptan, a nosotros también, en nuestro alejamiento (dialéctica presencia / ausencia). La amistad, esa relación sin dependencia, sin episodio y donde, no obstante, cabe toda la sencillez de la vida, pasa por el reconocimiento de la extrañeza común que no nos permite hablar de nuestros amigos, sino sólo hablarles, no hacer de ellos un tema de conversación (o de artículos), sino el movimiento del acuerdo del que, hablándonos, reservan, incluso en la mayor familiaridad, la distancia infinita, esa separación fundamental a partir de la cual lo que separa se convierte en relación. (op.cit., págs. 265, 266)

La relación de amistad es inseparable de esto. Yo esto lo comparto de arriba abajo. No es posible la amistad de otra manera, desde mi punto de vista. Continúa Blanchot:

De manera que, en la actualidad, lo que nos fue cercano (está hablando de Bataille) no sólo ha dejado de acercarse, sino que ha perdido hasta la verdad de la extrema lejanía. De esta forma, la muerte posee esa falsa virtud de parecer devolver a la intimidad a aquellos a los que han dividido grandes discrepancias. Ocurre que con ella desaparece todo lo que separa. Lo que separa: lo que pone auténticamente en relación, el abismo mismo de las relaciones en que se mantiene, con sencillez, el

entendimiento siempre mantenido de la afirmación amistosa. (op.cit., pág. 266)

Con la amistad ocurre lo mismo que con el amor. Lo mismo que con la comunidad de los amantes o la comunidad de los artistas. O que la comunidad acéfala que el mismo Bataille fundó. Es imposible el conocer todo de un amigo. Y, si se quiere mantener la amistad, hay que mantener ese grado de ausencia, que siempre está. Es imposible la presencia absoluta.

Es decir, es imposible reducir a la representación pura. Siempre queda algo de, en palabras de Blanchot, noche, de oscuro. Y ahí está la aceptación de la amistad y no sólo eso, de la posibilidad de la relación. En este caso, de la relación de amistad, que, por cierto, dice, es una relación sin dependencia. Así define la amistad. Cabe la posibilidad de que en otro tipo de relaciones se mezcle la dependencia. Según él, en la relación de amistad, no.

Visto esto, no sé si tenemos tiempo para comentar algo que es provocador. Es el texto de Monique Wittig. El libro se ha traducido al euskera hace poco. Cuatro capítulos. De ellos, yo os recomendaría que leyeráis por lo menos tres de ellos. Uno que se titula *Emakumea ez da jaiotzen*, que es un comentario a Simone de Beauvoir. Otro, muy importante y muy cortito, que se titula *Sexuaren kategoría (La categoría del sexo)* y luego otro que es el último, que se titula *Homo sum (Soy hombre)*.

Os voy a leer algún párrafo y, si queréis, lo comentamos. Desde luego, Monique Wittig no es lacaniana, ni mucho menos. Es una lesbiana y se enfrenta a la heterosexualidad. Su punto de vista es marxista. Compara la relación entre burguesía y clase obrera con la relación hombre y mujer. Y dice que, de la misma manera que no hay proletario sin burgués, y no hay burgués sin proletario (dicho de una manera más vulgar: no hay pobres sin ricos y no hay ricos sin pobres), no hay mujeres sin hombres y no hay hombres sin mujeres. Es decir, es la relación la que define las dos categorías. La relación. Eso dice Marx: la relación de producción define la diferencia en clases. La relación de dominación sexual define la diferencia de sexos.

Lo que dice esta señora es algo que yo sí he oído a los lacanianos. Normalmente cuando se habla de los fenómenos psíquicos, refiriéndose a otras teorías diferentes de la freudiana, se suele referir diciendo que tienden a naturalizar lo psíquico. Pues bien, lo que dice Monique Wittig es que eso es lo que se hace aquí cuando se sostiene la diferencia sexual anterior a la relación de dominación. Se está naturalizando la relación sexual,

naturalizando el sexo, cuando el sexo, según ella, es una construcción cultural, social, política, de dominación. Voy a leer algún párrafo de este texto de Monique Wittig:

La continua presencia de los sexos y la de los esclavos y los amos provienen de la misma creencia. Como no existen esclavos sin amos, no existen mujeres sin hombres. La ideología (emplea el término “ideología” en el sentido marxista del término, como falsa conciencia) de la diferencia sexual opera en nuestra cultura como una censura, en la medida en que oculta la oposición que existe en el plano social entre los hombres y las mujeres poniendo a la naturaleza como su causa. Masculino / femenino, macho / hembra son categorías que sirven para disimular el hecho de que las diferencias sociales implican siempre un orden económico, político e ideológico. Todo el sistema de dominación crea divisiones en el plano material (esto es de Marx, puro) y en el económico. (El pensamiento heterosexual, pág. 22)

Acordaos de lo de Marx: la ideología dominante es la ideología de la clase dominante. El proletariado comparte también la ideología dominante, que es la ideología de la clase dominante.

Por otra parte, las divisiones se hacen abstractas y son conceptualizadas (categorizadas) por los amos y más tarde por los esclavos cuando éstos se rebelan y comienzan a luchar. Los amos explican y justifican las divisiones que han creado como el resultado de diferencias naturales. Los esclavos, cuando se rebelan y comienzan a luchar, interpretan como oposiciones sociales esas presuntas diferencias naturales. Porque no hay ningún sexo. Sólo hay un sexo que es oprimido y otro que oprime. Es la opresión la que crea el sexo, y no al revés. (op. cit., pág. 22)

Lo otro sería naturalizar el sexo, biologizarlo. Hay aquí referencias a André Breton. Dice:

*Por su parte, los hombres saben perfectamente que dominan a las mujeres. (“Somos los amos de las mujeres”, dijo André Breton)...
...¿Cuál es, entonces, este pensamiento que se niega a analizarse a sí mismo, que nunca pone en cuestión aquello que lo constituye en primera instancia? Este pensamiento es el pensamiento dominante. Este pensamiento afirma que existe un “ya ahí” de los sexos, algo que precede a cualquier pensamiento, a cualquier sociedad...
...Este pensamiento que se basa en el predominio de la diferencia es el pensamiento de la dominación. (op.cit., págs. 23, 24)*

Por todas partes la dominación nos enseña:

- *que antes de cualquier pensamiento, de cualquier sociedad, hay “sexos” (dos categorías innatas de individuos) con una diferencia constitutiva, una diferencia que tiene consecuencias ontológicas (el enfoque metafísico);*
- *que antes de cualquier pensamiento, de cualquier orden social, hay “sexos” que son “naturalmente”, “biológicamente”, “hormonalmente” o “genéticamente” diferentes y que esta diferencia tiene consecuencias sociológicas (el enfoque científico);*
- *que antes de cualquier pensamiento, de cualquier orden social, hay una “división natural del trabajo en la familia”, “una división del trabajo que, en su origen, no es otra cosa que la división del trabajo en el acto sexual” (el enfoque marxista). (op.cit., pág. 25)*

Monique Wittig pone ejemplos que son bastante curiosos. Hay un momento en el que dice que la categoría de “raza”, en el sentido en que se usa habitualmente, no existió hasta que fueron dominados los negros. A partir de ese momento, empezó a usarse la categoría de raza en ese sentido. Hasta ese momento, se utilizaba la categoría de raza asociada al linaje, no al color de la piel. Fue asociada al color de la piel cuando fueron dominados los negros. La esclavitud.

-Carlos Alonso: pero eso surge a finales del siglo XVIII cuando unos antropólogos que empezaron a hacer las clasificaciones... cuando empezamos a diferenciar en grupos inmediatamente viene la comparación...

-A.M.: Se hace la clasificación, empieza el conflicto y se justifica el conflicto recurriendo a la naturaleza. Los griegos y los romanos tenían esclavos, no necesariamente de otro color. Lo que dice Monique Wittig es que, de la misma manera que el término, el concepto, la categoría “raza” fue producido por la esclavitud, el concepto de “sexo” también fue producido por la dominación. Esa es la comparación que ella hace. Luego dice:

La categoría de sexo es una categoría que determina la esclavitud de las mujeres, y actúa de forma muy precisa por medio de una operación de reducción, como en el caso de los esclavos negros, tomando una parte por el todo, una parte (el color, el sexo) por la cual tiene que pasar todo un grupo humano como a través de un filtro. Hay que señalar que, en lo referente al estado civil, tanto el color como el sexo deben de ser “declarados” (No sé si ahora sigue siendo así). Sin embargo, gracias a la abolición de la esclavitud, la “declaración” del “color” se considera ahora una discriminación (en los sitios en los que ha habido la abolición de

la esclavitud). *Pero esto no ocurre en el caso de la “declaración” del “sexo”, algo que ni siquiera las mujeres han pensado en abolir. Yo me digo: ¿a qué esperamos?* (op.cit., págs. 28, 29)

La cuestión es: ¿existe la relación, y esa relación es la que produce las categorías interrelacionadas, o previamente existe esa entidad, esa sustancia óptica, y esa sustancia luego se relaciona?

-Garazi Muguruza: la diferencia sexual... Me parece interesante porque cuestiona el género y cuestiona las categorías de sexo...

-A.M.: Es chocante lo que dice. Lo mismo que el proletariado sólo puede desaparecer como proletariado haciendo desaparecer a la burguesía, de la misma manera las mujeres sólo desaparecerán como mujeres (en el sentido de reducidas al sexo) cuando hagan desaparecer a los hombres, como clase. Pero ¿qué es lo que aparecería entonces? No os lo voy a leer, os lo cuento, que así es más rápido. Es lo que a mí me resulta más sugerente.

Dice ella: lo que queremos es que desaparezcan los hombres no mediante un genocidio. Cuando desaparezcan los hombres, desaparecerán también las mujeres. Pero ¿qué quedará? Lo que quedará serán los sujetos individuales. Dice literalmente: La mujer no existe, la mujer es una invención del hombre. Lo que existen son las mujeres una por una. Aquí reducidas a “la mujer” como el mito de lo femenino, inventado por Goethe, el mito del “eterno femenino”. Esto no es contradictorio con lo que dice Lacan.

-Mikel Plazaola: el significante es el que marca...

-A.M.: Monique Wittig piensa que *la marca (lo mismo la de color que la de sexo) no preexiste a la opresión: Colette Guillaumin, que ha demostrado que, antes de la realidad socio-económica de la esclavitud negra, el concepto de la raza no existía, o, por lo menos, no tenía el significado moderno, pues designaba el linaje de las familias. Sin embargo, hoy, nociones como raza y sexo son entendidas como un “dato inmediato”, “sensible”, un conjunto de “características físicas”, que pertenecen a un orden natural (fuera de lo simbólico). Pero, lo que creemos que es una percepción directa y física (suponiendo que eso fuera posible), no es más que una construcción sofisticada y mítica, una “formación imaginaria” que reinterpreta rasgos físicos (en sí mismos tan neutrales como cualquier otro, pero marcados por el sistema social) por medio de la red de relaciones con la que se los percibe. (Ellas son vistas como “negras”, por eso “son” negras; ellas son vistas como “mujeres”, por eso “son”*

mujeres. No obstante, antes de que sean” vistas” de esa manera, ellas tuvieron que ser “hechas” de esa manera.) Tener una conciencia lesbiana supone no olvidar nunca hasta qué punto ser “la-mujer” era para nosotras algo “contra natura”. (op.cit., pág. 34)

Un poco más adelante vuelve a insistir en que la mujer no existe. Y ¿qué es lo que queda, qué quedará cuando esta lucha pretendida por ellas...? ¿Qué es lo que quedaría? Quedarían los sujetos. Siempre únicos e individuales. No el sujeto. Los sujetos. No sometida a una representación simbólica, “la mujer”.

Yo estoy de acuerdo en que esto ha sido una construcción simbólica dentro de un determinado tipo de sociedad, sin duda heterosexual. Lo he leído porque, en un grupo en el que participo una vez al mes (lo llamamos *Elkarrizketa filosofikoa*), una mujer llevó este libro y lo leímos. Cuando lo comentamos, la mayor parte de la gente se escandalizaba. Había uno que decía: “¡Pero es que yo no puedo quedar embarazado ni puedo dar de mamar!” ¿Y qué? ¿Qué quiere decir eso?

-Carlos Alonso: al final se va a nombrar de otra manera porque hay una diferencia real, van a surgir otros significantes...es más profunda que solo el nombre

-Juan del Pozo: el lazo social...

-Bittori Bravo: quizás tendría que leer el libro, pero me parece que simplifica las cosas de una manera terrible. Como si entre dos mujeres no hubiera ese dominio...

-Mireia Otzerinjauregi: ayer hablábamos de la ley inscrita...Creonte....

-Xabier Oñativia: Creonte, leyes... lo que hace la sociedad es naturalizar algo que es cultural y otra es tomar la parte por el todo...me da la impresión que es lo que hace ella.....

A.M.: Me parece que algo que dice Lacan es bastante parecido al planteamiento que tiene esta gente. Lacan habla de la posición masculina y la posición femenina. Lacan no habla de lo que es visible.

A propósito de lo que es visible, que parece que es lo que aparece ahí y que es natural y que es profundo, me acuerdo de una anécdota que contaba Karl Popper. Fue a dar una conferencia a una universidad americana. Antes de dar la conferencia estuvo discutiendo con el catedrático que le había

invitado, mientras comían. El que le había invitado tenía una concepción empirista radical y Popper tenía una posición racionalista crítica. Llega a la conferencia y Popper se dirige al auditorio de alumnos de aquel señor, les dice “observen” y se calla. Un silencio absoluto en la sala. Hasta que algún alumno que había allí le pregunta: “¿Que observemos qué?”. Ahí está el concepto. Si no hay categoría, si no hay concepto, no se ve nada.

Es decir, los hechos no saltan a la vista. La naturaleza no salta a la vista para un ser hablante. No puede saltar a la vista. Cuando alguien dice que algo salta a la vista está haciendo pura ideología, y habría que investigar qué hay detrás de esa ideología.

Nada salta a la vista. Los conceptos nos hacen visible algo. Como dice Heidegger, las palabras hacen brotar las cosas. Sin eso no hay cosas. La trampa que hay aquí es naturalizar las cosas, como si nos saltaran a la vista. Cuando la gente recurre a los hechos, tenemos que tener en cuenta que la palabra “hecho” es un participio pasivo. Hecho. Los hechos no saltan a la vista, hay que hacerlos.

Cuando alguien habla de un hecho, habla de algo que ha hecho. Cuando en un juicio se construye el proceso, el juez o el abogado defensor o el fiscal construyen el hecho mediante el relato. El hecho no está allí bruto. Es imposible. Pasa lo mismo con todo lo demás. Para un ser hablante, no hay percepción directa de nada.

-Carlos Alonso: el dominio sobre el otro el no reconocimiento del otro como sujeto se ha dado siempre...

-A.M.: Razonar diciendo que siempre ha habido dominio es la característica típica del pensamiento conservador. Como siempre ha habido dominio, continuemos con el dominio. Podemos evitar el ser seres que tendemos a dominar.

-Xabi Oñativia: lo que subyace de esa ideología es que la relación heterosexual es...

-A.M.: Quería recordaros una polémica que hubo entre Darwin y John Stuart Mill. Darwin, muy científico él, decía que cuando las mujeres dejaran de estar en casa y se pusieran a trabajar en la calle, se acababa la especie humana. Darwin lo planteaba desde el punto de vista biológico, que era lo suyo. Frente a él, Stuart Mill lo planteaba desde el punto de vista filosófico- jurídico-político. Decía que las mujeres, lo mismo que los hombres, tienen que vivir en la sociedad. Es decir, no las mujeres en casa

cuidando a los niños y a los mayores... Aunque las mujeres trabajen, la especie humana puede continuar. Stuart Mill no conocía en aquel momento el avance de la ciencia, pero cabe perfectamente la posibilidad de concebir que la reproducción humana no tenga nada que ver con la relación sexual.

-Xabi Oñativia: angustia de todos los países occidentales: el relevo generacional. Lo que decía Darwin está ocurriendo de hecho.